

UNA EXPLORACION

POR ADOLFO ERASO

Las luces de Ciordia quedaban atrás; ya habíamos cruzado el río que en esta época del año bajaba impetuoso desde su cabecera en la falda S. del pico Tres Mugas; su paso, es el tajo que cercenó las calizas de Altzania a través de una labor secular para desembocar en la llanada, era impresionante.

Como un pequeño safari, cargados como acémilas, subíamos por la fuerte rampa final que nos daría acceso, una vez rebasado el collado, al valle ciego donde se sumían las aguas del río Lezaun por la impresionante boca de la cavidad Lezaun Ur Txulo, objeto de nuestro interés.

Miguel, con su clásico paso de ritmo fuerte, abría la marcha; le seguíamos a rueda, Fernández (un escalador que ansiaba conocer cuevas) y yo; detrás venían Pepe y Miguel Angel, cerrando Madi la marcha. El fuerte tren y la pesada carga influían en cada uno de nosotros de tal modo, que el ascenso transcurría en silencio; quien más, quien menos, pensaba en sus cosas. Mi mente estaba fija en Lezaun Ur Txulo, la cual nos vimos precisados a abandonar el pasado domingo a —100 ms. obligados por la escasez de luz y material.

Sentía la sima como cosa mía, algo unido a mí por invisibles lazos, y desfilaban por mi mente las sucesivas fases de su exploración...: el descubrimiento del primer tramo horizontal, mediante una pequeña escalada desde el fondo del sumidero inicial, en el cual todos los signos externos parecen indicar que la progresión no es factible...; y después, el incómodo trayecto de este primer tramo en el cual el explorador apenas puede hacer pie por hallarse el fondo de la galería anegado de agua, debiendo progresar por oposición con la espalda sobre una pared y los pies en la opuesta, a fuerza de derroche físico por la incómoda postura...; pero... ¿y después?; la belleza del segundo tramo, una serie de saltos entre 8 y 12 metros de desnivel que nos obliga a realizar preciosas escaladas aéreas que requerían tal tensión muscular que en otras condiciones, un escalador que no desconociera el vértigo quizás lo pensase dos veces; la estrecha cornisa de 6 ms. que obligaba a atacar el primer pozo por su flanco opuesto; los cuatro saltos de escalada invertida en los que siempre encuentra uno el agarre preciso cuando empieza a pensar en la imposibilidad de salvar el obstáculo; y la bavaresa de 12 ms. en vertical, que estuvo a punto de ocasionar un disgusto a Pepe cuando quedó sujeto de un codo, pendiendo peligrosa y dolorosamente sobre el abismo; y el pozo en oposición, sobre el pequeño lago final, que nos colocaba sobre la boca de la sima de 25 ms. todavía no descendida... ¿qué sorpresa nos guardaba? ¿qué misterio oculto iba a perder en breve su virginidad de siglos?

En el planteamiento de la exploración sobre el tapete, la víspera, habíamos acordado no utilizar el material salvo cuando fuera preciso, tratando de salvar el mayor número posible de abáculos en escalada libre de tal modo que la progresión se realizara hasta el máximo. En el primer corto salto del sumidero

inicial, era necesario situar diez metros de escala metálica quedando los otros veinte para la sima de veinticinco, cuyo fondo nos era desconocido. Poseíamos además una cuerda de nylon de 40 ms. y otra de cáñamo de 10. El problema era la bavaresa de 12 ms., que Miguel, Pepe y yo ya conocíamos... ¿serían los demás capaces de salvarla sin utilizar material alguno? En el peor de los casos, conseguiríamos situarnos sobre la sima final con la cuerda de 40 y 20 metros de escala... ¿sería bastante?

En el curso de estos pensamientos, habíamos rebasado el collado y estábamos descendiendo a redoblado ritmo el valle ciego en cuyo fondo discurría el Lezaun. Allá, sobre el paredón calizo, se divisaban las dos grandes bocas de Lezaun Ur Txulo, desafiantes, magníficas en su estatismo. ¿Seríamos capaces de violar su secreto, de mancillar su virginidad?

Dos terrazas de aluvión a diferentes niveles, mostraban dos momentos de estabilidad en la tendencia del río a buscar su perfil de equilibrio siendo curiosa la perfecta correspondencia de cada una de ellas con cada boca de la sima. La más elevada, frente a la cual se halla el mojón de la divisoria entre Álava y Navarra, nos conduciría a la red subterránea de galerías que nos habíamos propuesto desentrañar.

Entonces alguien dijo: —«Hemos tardado hora y seis minutos»—, un tiempo envidiable, tanto que temí un momento por la integridad física de alguno de los compañeros, ya que hasta ahora apenas si nos habíamos puesto los zapatos para salir a la calle.

Instalamos rápidamente el campamento, nos colocamos nuestros respectivos monos que por su estado reflejaban la veteranía de su dueño, y tras la selección del material en los sacos tubulares y comprobación de los generadores de acetileno de espita frontal «made in privat», cada cual se escondió bajo su casco y... ¡¡adelante!!

Ahora comienza la verdadera exploración y esta vez, como tantas otras, me domina el intenso hormigueo de mi espíritu que pide actividad a mi cuerpo.

Con la seguridad de quien conoce el terreno, salvamos rápidamente el salto del sumidero inicial y tras la incómoda travesía en oposición del primer tramo, en la que hubo que transportar el material en sucesivas cadenas, nos situamos sobre el segundo tramo, salvando los primeros saltos sin ninguna dificultad. Evidentemente, el clima de confianza se había adueñado de los nuevos. Ciertamente fue necesario equipar la bavaresa, pues el aspecto para quien no la conoce no es realmente tranquilizador, pero llegamos sin novedad a la boca de la sima de 25, sobre la que instalamos la escala. Aseguré con la cuerda de nylon el descenso de cada uno de mis compañeros y descendí a mi vez, portando la cuerda ya que Pepe, antes, me había anunciado que el supuesto fondo de la sima, no era sino una terraza bajo la cual continuaba un rampa de 85° que prometía rebasar los 30 ms. de desnivel, en cuyo fondo las piedras arrojadas revelaban la presencia de agua.

En un alarde de serenidad Pepe había comenzado a descender, para cuando hice pie, a mi vez, sobre la terraza. Desde allí, temiendo por él, le indiqué la conveniencia de esperar, mientras instalaba la cuerda de nylon en el extremo de la escala para asegurar el descenso; él por su parte, a gritos, pues ya estaba lejos y los sonidos llegaban distorsionados, me aseguró que la rampa estaba materialmente cuajada de estupendos agarres, los cuales, dada la firmeza de la roca madre, hacían relativamente seguro su descenso. De todos mo-

dos para garantizar el ulterior ascenso, equipé la rampa con la cuerda y me lancé hacia su fondo, no sin antes haber quedado con los demás compañeros, en que nos esperasen sobre la terraza en que se hallaban, mientras nosotros realizábamos la descubierta necesaria, para ver el material que nos sería preciso utilizar durante la próxima exploración, ya que temía, y a la vez deseaba, que la sima fuera muy grande.

Velozmente, para alcanzar a Pepe, arribé al fondo de la rampa, hallándome con la desagradable sorpresa de que era muy estrecha y estaba anegada de agua; ésta era por añadidura profunda. Permanecí unos segundos en la trampa, de la que finalmente pude salir subiendo unos metros a pulso por la cuerda, sin más incomodidad que la subsiguiente mojadura. Me prometí en mi fuero interno, ser más atento la próxima vez.

Entonces me di cuenta de la situación: la grieta cerrada por uno de sus extremos, se prolongaba por el opuesto sin perder su estrechez. Allí estaba Pepe, que me decía algo que no lograba entender. Progresé hacia él a media altura por la grieta, para evitar el agua del fondo y tras ladearme el casco para poder pasar, llegué a los pocos minutos donde él se encontraba de pie en un pequeño obstáculo de un palmo cuadrado. La cuerda, que hasta entonces había arrastrado conmigo, llegó a su fin. Estábamos a 40 ms. en línea recta de nuestros compañeros y a unos 35 de desnivel. Ya no quedaba más material.

Con una rápida mirada me percaté de la situación: la grieta se ensanchaba hasta unos dos metros, donde el agua de la zona estrecha rebosaba a nuestros pies, cayendo a modo de pequeña cascada sobre la gran sima que allí se abría y cuyo fondo no se lograba ver, a pesar de nuestros intentos con las luces; tendría más de 30 metros de profundidad, y su anchura no permitía su descenso en «ramonage» (espalda y pies en cada pared).

Durante unos minutos buscamos infructuosamente agarres que nos permitieran reconocerla mejor, cuando no forzarla, hasta que en la pared de enfrente, sobre la que se prolongaba la grieta, unos 25 ms. frente a nosotros y a 10 bajo nuestro nivel, observamos la boca de una ventana que daba a la sima y simultáneamente ¡oh, alegría! una pequeña rebarba que en ambas paredes iba desde la pequeña cascada, hacía la ventana aquella. No pudimos comprobar si llegaba hasta ella, pero lo cierto es que este efecto morfológico, reducía solamente en este punto, a poco más de un metro, la anchura de la impresionante sima. Se trataba de una pretérita terraza de erosión que el azar nos deparaba.

Miré a Pepe, quien respondió del mismo modo y nuestro mudo diálogo fue harto elocuente. ¡Estábamos de acuerdo!

¡El trayecto fue una lucha que puso a juego nuestros tendones! ¡Realmente no era agradable aquella travesía en «ramonage» por aquella terraza tan inclinada y cuya anchura desafiaba la longitud de nuestras piernas, teniendo por paisaje lo desconocido sobre nuestra cabeza y bajo nuestros pies...! ¿Y la llegada a aquella intrigante ventana, frente a la cual, la anchura de la sima aumentaba dificultando nuestros movimientos? ¡Menos mal que el trayecto era descendente!

A continuación de la ventana, se abría una galería que terminaba a los 50 ms. escasos de progresión, mas con la particularidad de que estaba enclavada sobre un abismo único, a juzgar por las múltiples entradas que desde ella había hacia la profundidad.

Elegimos una sima que permitía la escalada en «ramonage», ya que su an-

chura era algo menor que un metro, pero a los 10 ms. de descenso, se reducían fuertemente sus dimensiones, de tal manera que la progresión se hacía harto precaria.

Estábamos todavía lejos del fondo a juzgar por las acusadoras indicaciones de las piedras que desprendíamos a nuestro paso.

Afortunadamente, la grieta se ampliaba más abajo, encontrándonos a los 20 ms. con un gran bloque encajado que nos permitió hacer pie a ambos simultáneamente. ¡Cuánto agradecemos este pequeño descanso!

Bajo el bloque, el abismo continuaba, mas la grieta se ensanchaba, no permitiendo la escalada; no obstante, dos metros más abajo, adoptaba el hábito anterior, por lo que descolgándonos, tras un cuidadoso salto, quedábamos encajados en «ramonage» en el estrechamiento subyacente... ¡¡Hurra!! Desde allí, vislumbrábamos el fondo, apenas 15 ms. bajo nosotros.

Un rápido descenso por nuestra impaciencia, nos condujo sobre un pequeño río que venía de la posición donde se hallaba la gran sima de la funambulesca travesía. ¡La cosa iba realmente bien!

Continuando en la dirección de la corriente, mas sin perder nunca el hábito de progresión en «ramonage», pues el agua era profunda, llegamos mediante una doble travesía en ángulo recto (en forma de H) al cauce de un pequeño río que circulaba sobre un lecho de cantos rodados. ¡¡Por fin podíamos hacer pie durante un buen trayecto!! ¡Cuánto lo agradecieron nuestros agarrados miembros!

A estima deduje que nos hallábamos sobre los 200 ms. de profundidad.

Progresamos rápidamente por aquel cauce gravitacional, hallando una gran sala curiosamente excavada a presión hidrostática, cruzada transversalmente por una potente veta de calcita de un insólito color verde (el posterior análisis me demostró en el laboratorio que se trataba de carbonatos básicos de cobre, malaquita posiblemente). Me detuve a recoger una muestra, cuando oí los fuertes gritos de Pepe. Por un momento temí que le hubiese ocurrido algo, y corrí en busca cauce abajo hasta un punto donde la galería desaparecía bruscamente: ¡una extraña cascada campaniforme totalmente aérea, hacía que el río se perdiese en la profundidad!, mas... ¿dónde estaba Pepe?... En el acto le volví a oír bajo la cascada entusiasmado. ¿Tendría alas este hombre?

Poco después me percaté de que el salto apenas tendría seis metros, y descolgándome por unas formaciones litogénicas, aterricé junto a él.

La galería continuaba en un impresionante cañón subterráneo por el que nos lanzamos rápidamente hambrientos de cueva. Salvamos una cascada de cuatro metros, más impresionante que peligrosa, una gran sala a continuación, una estrecha galería y... sifón; ¡oh, decepción! el agua inundaba toda la galería impidiendo la progresión. Chapoteé ansiosamente y localicé la posición del sifón comprobando su impenetrabilidad. ¡No quedaba nada por hacer!

¡¡Qué bien sienta fumar una pipa en estas ocasiones!!

No narraré el penoso ascenso de las dos cascadas, ni de la escalada de la estrecha sima en la que repetidamente nos tropezamos con un desconocido techo que nos impedía arribar a la ansiada terraza de la ventana... ¿y la travesía de la gran sima?, ¿y el posterior derrumbamiento de un compañero inanimado, ya cerca de la salida? ¡Básteme indicar que la suprema satisfacción que uno siente tras una exploración de este tipo compensa con creces el esfuerzo realizado por violento que éste sea!

¡Ciertamente, donde hay lucha, hay vida!